

Lunes XXVI del TO Ciclo B



30 de septiembre de 2024

Jb 1, 6-22

Sal 16

Lc 9, 46-50

P. Eduardo Suanzes, msp

En la Primera Lectura entramos en el Libro de Job. Este es un cuento con muy poca acción pero con mucha pasión, escrito por un personaje anónimo que vivió probablemente después del destierro, es decir, por el siglo VI-V a.C. En el texto se muestra la pasión del autor: un autor genial, anticonformista, haciéndonos visible esa pasión en el protagonista de la historia: Job. El autor no está conforme con la doctrina tradicional de la retribución en la que se dice que «Dios premia a los buenos y castiga a los malos; los hombres buenos son los que tienen bienes; los pobres, enfermos y desgraciados lo son porque algo malo habrán hecho». Y para llegar a sus conclusiones que son opuestas a esta idea de la retribución, en su historia, hace sufrir a su protagonista inocente, para que su grito brote «desde lo hondo», desde sus entrañas más profundas. La pasión o sufrimiento de Job enciende la pasión de su búsqueda y de su lenguaje.

Digo que el autor es un genio, porque el libro de Job es un libro singularmente moderno, provocativo, no apto para conformistas. Es difícil leerlo sin sentirse interpelado y es difícil comprenderlo si no se toma partido.

En el cuento, el autor se inventa a Dios teniendo una asamblea celestial con sus ángeles, sus súbditos; con ellos celebra reuniones periódicas, quizá para decidir la suerte de los mortales. Es una concepción extendida en las religiones del antiguo Oriente, que resulta de proyectar usos cortesanos o palaciegos en la representación del mundo divino. Entre los cortesanos está uno que representa la oposición, que goza criticando y aun procura que los sucesos justifiquen su crítica; como un policía, da vueltas inspeccionando, para poder informar de los desmanes cometidos en la tierra: es «*el satán*»¹. Un «*satán*» en el mundo hebreo es alguien que se enfrenta como rival o fiscal, con una idea o plan contrapuesto, que lucha en contra.² Pero no confundamos el satán de esta narración con nuestra imagen o concepción del demonio, ángel caído que odia a Dios y sus obras. Nada tiene que ver con eso.

El satán aquí no es una afirmación teológica, sino *un personaje funcional* en la historia³. El autor se sirve de esta función para llegar a sus conclusiones en contra, como hemos dicho arriba, de la idea de la retribución. Es decir, sin el satán no se daría el cuento, no habría historia, porque hasta ese momento no pasaba nada: Dios estaba contento con Job. *Se necesita* la presencia de ese personaje para que la historia comience y se desarrolle.

¹ ...así, con el artículo de título o función. La liturgia dice «Satanás», pero el original hebreo dice «*el satán*».

² Esta idea está en la literatura apocalíptica como también en el lenguaje teológico cristiano.

³ Abandonemos, por tanto, nuestra pregunta de «¿si es el demonio cómo puedo estar delante de Dios en esa asamblea o corte celestial a su servicio, charlando con él como si nada...?» Además, *el satán*, en el cuento, viene de la tierra no del reino infernal, ni del *sheol*.

Parece que, en la historia, por el momento, todo es idílico: «demasiado bonito para ser cierto», en otras palabras, diría el satán. Y surge la apuesta. Satán no desafía a Job, desafía a Dios: comienza la prueba, el reto. Cuando suceda la tentación ya se verá.

Entonces es cuando se descarga el sufrimiento destilado, concentrado, contra Job sacando, además afuera, la idea de la religiosidad interesada del protagonista. El satán introduce la tentación desconfiando del hombre, seguro de su deslealtad, gozando por adelantado con la caída, riéndose por “lo bajini”, diríamos hoy. Dios permite la tentación como prueba o demostración del hombre, dejándolo a su libertad, confiando en él, esperando preocupado el desenlace: el satán tienta a Dios en el hombre, su mejor creatura, en el hombre mejor y más dichoso. Empieza el juego: el satán tiene las cartas en su mano.

En la Biblia, el número cuatro es símbolo de totalidad, por eso son cuatro las desgracias que le suceden al pobre Job (comienzan con las posesiones y terminan con los hijos). En su caída libre hacia el abismo Job responde con humildad y aceptación, transformando la violencia de su sufrimiento en alabanza a su Creador. Por primera vez en el cuento aparece, en este momento, por tres veces el nombre del Señor.

La apuesta era que Job maldeciría al Señor; Job concluye con una bendición formal. El satán ha perdido la primera baza; pedirá otra mano, nuevas cartas. El juego no se ha cerrado⁴.

⁴ Cfr. LUIS ALONSO SCÖKEL- JOSÉ LUÍS SICRE. *Job. Comentario teológico y literario*. Ed. Cristiandad. Madrid, 2002